

Identidad social villera¹

Rosana Guber

La población que reside en las villas miseria, precarios asentamientos erigidos sobre terrenos fiscales o de terceros y, por lo general, carentes de los servicios públicos urbanos básicos, ha sido objeto tradicional de los estudios sobre la “marginalidad social”. A través de este concepto descriptivo a la vez que explicativo, se ha intentado no sólo reseñar su peculiar modo de vida, sino también comprender los factores que le dan origen. Preferimos referirnos a esta población con la denominación más localista de “villera” que, en tanto integrante de las clases subalternas de nuestra sociedad, se encuentra articulada en una posición asimétrica y subordinada a los sectores hegemónicos. Por ello descartamos el término “marginalidad” al no poner el énfasis debido en las verdaderas causas de este fenómeno, a saber, su posición de exclusión respecto a la propiedad (de los medios de producción, de la vivienda y el suelo, etc.) y la venta de su fuerza de trabajo en los sectores no formales de la economía.

En cuanto término teórico, la “marginalidad” entraña determinados supuestos subyacentes que, indefectiblemente, orientan el conocimiento y la comprensión del observador, así como las prácticas de planificadores y estadistas. En las siguientes páginas analizaremos dos de estos supuestos:

- 1) el sistema normativo y valorativo hegemónico, que rige la vida de todos los miembros de la sociedad, les resulta totalmente ajeno a los “marginados”, quienes se rigen por esquemas alternativos, particulares y exclusivos;
- 2) el “marginado”, aunque esté articulado dentro del sistema social mayor desde su posición subordinada, desempeña un papel pasivo, transformándose en un mero receptor de las pautas dominantes, que lo determinan y condicionan de manera absoluta.

El objeto de nuestro análisis será un aspecto de la ideología villera, su identidad social: aquella definición copro-

ducida por los actores sociales, que se manifiesta en una específica articulación de atributos socialmente significativos, tornando a dichos actores históricamente reconocibles y coyunturalmente diferenciables. La identidad es socialmente operativa cuando transmite sentidos (valores, pautas, criterios) relevantes para las distintas partes de la interacción. Estos sentidos se construyen en un continuo y complejo entramado de relaciones sociales en el seno de una estructura social. Los atributos que canalizan una identidad son los depositarios de esos significados los que, a su vez, se asientan en y debaten con el esquema normativo y valorativo dominante, el “buen orden”, el “buen sentido”, y con otros esquemas alternativos.

Si bien la ideología hegemónica tiene una participación decisiva en la configuración de las identidades de las clases subalternas, no es menos cierto que estas últimas no se corresponden íntegramente con aquella. Existe un margen de autonomía que proviene tanto de experiencias y observaciones de la realidad concreta como de la propia posición en la estructura social. Por eso las identidades sociales no pueden ser consideradas como previas a una determinación societal, ni como atributos esenciales, inmanentes o exclusivos de un grupo humano, sino como el complejo resultado de un proceso histórico y de una formación social determinada.

En la primera sección de este trabajo reseñamos brevemente las circunstancias sociohistóricas que dieron origen a la identidad “villera” y a los estereotipos sustentados por la burguesía y los sectores medios urbanos respecto de la población villera. En la segunda, señalamos las características principales de esta identidad social para luego, en la tercera parte, reconstruir la conceptualización que hace el villero de su propia identidad. En la cuarta sección se analiza el papel que le cabe al villero en la constitución de su identidad social.

La investigación sobre cuya base hemos redactado esta ponencia, se llevó a cabo en 1982 y 1983, en una

¹ Este trabajo se publicó en la revista *Enta*, N° 32, julio a diciembre 1984, Olavarría.

villa miseria de la zona sur del Gran Buenos Aires; la antigüedad aproximada de este asentamiento es de cuarenta años; aunque espacialmente circunscripto en 4.000 m² de terrenos fiscales, se encuentra en proceso de creciente densificación: actualmente aloja a más de 10.000 habitantes. La población masculina se desempeña predominantemente en la estiba portuaria, la estiba de camiones, la construcción y otros trabajos temporarios; la femenina, en el servicio doméstico o en su hogar (Hermitte, et.al.,1983).

Teniendo presente la influencia y el condicionamiento ejercidos por las circunstancias históricas en el sistema ideológico, debemos advertir que tanto el planteo de esta investigación como la recolección de datos y su análisis posterior se han llevado a cabo durante los últimos dos años de un régimen militar autoritario y fuertemente represivo, donde los reclamos populares apenas dejan oír su voz a través de los conflictos aislados o de pequeños alcances. De manera que nuestras conclusiones acerca de la identidad de la población de esta villa miseria en particular, en este período determinado, no debieran ser aplicadas a otros asentamientos en otros períodos históricos, sin antes haber procedido a un análisis minucioso del contexto respectivo.

I

Al producirse el arribo de los primeros contingentes significativos de migrantes internos (1930-1940) a las grandes ciudades del Litoral argentino y a la Capital Federal, renació con mayor fuerza un viejo fenómeno de profunda raigambre en nuestra historia: la confrontación entre el Puerto blanco, europeizante y centralista, y las Provincias federales y mestizas. La población que residía en los mayores centros urbanos era de origen predominantemente europeo, la inmigración ultramarina había arribado a la Argentina en importantes contingentes entre 1880 y 1940, provocando sensibles transformaciones en la estructura socioeconómica, política y cultural de la Argentina (Germani,1966). Con la llegada de los primeros inmigrantes provincianos a las ciudades del Litoral, la confrontación entre “nativos” y “extranjeros” se volvió particularmente conflictiva, no sólo por razones de índole laboral, sino también por las connotaciones étnicas de lo que, a la sazón, muchos calificaron como una verdadera invasión: el “aluvión zoológico”² (Taylor,1981). Los migrantes ultramarinos, sus descendientes y las familias tradicionales del Río de la Plata apodaron al recién llegado con los

motes despectivos de “cabecita negra”, “descamisado”, etc. (Ratier,1971).

Este encuentro entre las dos Argentinas atravesó uno de sus momentos de mayor tensión durante el decenio de la gestión peronista (1945-1955), período en el cual la “masa ignorante”, “bárbara”, adhería a las medidas sociales reformistas del gobierno mientras que el radicalismo, las izquierdas clasistas –el comunismo y el socialismo– y el liberalismo oligárquico conformaban una alianza política antioficialista. Este fenómeno no sólo traducía intereses de corte político sino también otros muy diversos donde se conjugaban los términos que identificarían a una Argentina en transformación.

En las décadas siguientes, junto a la ideología modernizante y desarrollista de la gestión oficial (1955-70) cobró fuerza el mote de “villero” para designar al descendiente del “cabecita negra”, al habitante de asentamientos urbanos precarios considerados, no sin cierto optimismo, transitorios; las “villas miseria” o “villas de emergencia”. La presencia de las mismas impugnaba, con su evidente visibilidad, las expectativas oficiales que pretendían borrar de la imagen urbana estos testimonios de la indigencia.

Como actor social, el villero comenzaba a tener su propia identidad, en la cual convergían determinadas características: la mayor parte provenía de lejanas y empobrecidas provincias del norte argentino, o bien de algún país limítrofe cuyas condiciones de vida eran igualmente precarias -la República del Paraguay y de Bolivia-; su inserción laboral solía coincidir con las tareas peor remuneradas y de menor especialización, se alineaba políticamente junto al peronismo, sus pautas de vida, aparentemente ajenas a los códigos de las clases medias urbanas, preservaban el saber médico, culinario y religioso tradicional de las provincias de origen.

A pesar de las oscilantes políticas gubernamentales respecto de estos asentamientos, más allá de la alternancia entre erradicaciones y planes de vivienda popular, las villas miseria permanecieron, así como, en sus líneas fundamentales, la caracterización que la sociedad y los organismos oficiales hacen de la población que las habita. Uno de los hechos más trascendentes en la historia reciente de las villas bonaerenses es su erradicación masiva del ámbito capitalino, en 1978, durante el último gobierno militar. Esta medida se caracterizó por su extrema dureza, el tono abiertamente represivo, la arbitrariedad y la virulencia con que se expulsó a los pobladores de sus vecindarios. Los damnificados pasaron a engrosar las villas del Gran Buenos Aires,

2 Expresión acuñada y empleada en la década del '40 para calificar a la clientela política del peronismo, proveniente, en su mayor parte, del interior argentino.

o a constituir otras nuevas. Los efectos de este hecho en la conciencia y las estrategias organizativas villeras es un tema que apenas ha comenzado a tratarse (p.e., Oszlak, 1982; Hermitte & Boivin, 1983) y que merece profundizarse.

II

En la Capital y el Gran Buenos Aires el villero es una figura social a la que se suele caracterizar por su anomia, es decir, carencia de reglas y de moral; por su apatía, al no preocuparse por el progreso material y espiritual, ni tampoco por el porvenir de sus hijos. Sucio, promiscuo e indigente, se abandona a la vida fácil y se dedica al robo; si trabaja, lo hace para satisfacer las necesidades del día y para pagar algunos vicios, pues se da especialmente a la bebida; estos rasgos pueden explicarse –según esta caracterización– por la incultura, ignorancia y su desconocimiento de las normas de urbanidad y, se argumenta en algunos casos, por su inocencia provinciana, el excesivo apego a tradiciones rurales que obstaculizan su camino hacia la integración cultural, hacia una exitosa movilidad socioeconómica.

Por sustentarse en los valores de los sectores hegemónicos –clases medias y burguesía porteña–, es a partir de esta imagen que la población bonaerense conoce al villero. Este, por su parte, se hace cargo de la misma y algunos de sus rasgos pasan a constituir su propia identidad social.

Para reproducir el sistema, el esquema normativo³ hegemónico promueve determinados atributos de los grupos sociales, y desapruueba otros, trazando así el camino hacia el “buen sentido” prevaleciente, camino que idealmente “pueden” y “deben” recorrer todos los miembros de una sociedad. En esta tarea pedagógica se prueba ciertas identidades en las cuales se deposita todo lo abyecto y vergonzante, lo que no corresponde al “deber ser”. Atributos con estas connotaciones desacreditan a sus portadores, justificándose entonces un trato diferencial para con ellos. E. Goffman denomina “estigmas” a estos atributos (Goffman, 1970). El estigma es un rasgo de connotaciones sociales negativas, no por tratarse de características despreciables en sí mismas, sino por constituir significaciones que han ido elaborando los sujetos sociales.

Podemos reconocer la identidad social villera a partir de dos características que no sólo son manifiestas sino que,

además, dan sentido a su discurso y a sus cursos de acción: la pobreza y la inmoralidad⁴.

La pobreza alude a la desprovisión total o parcial de bienes y recursos valorados socialmente. El villero carece de vivienda “digna”, de un suelo propio, de empleo estable –a veces, simplemente, carece de empleo–, de una instrucción considerada adecuada y completa, de condiciones sanitarias aceptables, de estabilidad habitacional y laboral, de seguridad social, etc. Según pudimos observar en nuestro trabajo de campo, el villero tiene las mismas expectativas que el resto de la población urbana en lo que concierne a sus necesidades en las áreas de salud, vivienda, educación, trabajo, urbanización, etc. Sin embargo, debe enfrentarse a limitaciones reales que obstaculizan e imposibilitan su acceso a distintos recursos, y por ende, a la concreción de dichas expectativas.

La inmoralidad, imagen transmitida primordialmente desde el medio extravillero, es retomada por el villero, quien la admite e incluso sustenta, basándose para ello en su propia experiencia. El pensamiento liberal concibe al individuo como responsable y dueño exclusivo de su destino. De modo que la pobreza acusa, como en el pensamiento calvinista, la ineptitud y desinterés en obtener “la salvación”. De esta manera, la pobreza se transforma en inmoral, pues “no tener”, “no progresar” confirma las escasas virtudes éticas del carenciado. Todas las categorías morales que se aplican al villero remiten a la carencia; no tener útiles escolares ni libros es signo de que el alumno no es aplicado; no tener trabajo, de vagancia; no tener espacio, conduce a la promiscuidad; no tener comodidades ni evidenciar una exitosa movilidad social implica indolencia y apatía. Estas interpretaciones fundadas en datos observacionales resultan de líneas explicativas propias de los sectores sociales hegemónicos, y por obra de esta misma hegemonía, se extienden a buena parte de la sociedad.

III

Según E. Goffman, la “teoría del estigma” es una ideología que pretende explicar la inferioridad del estigmatizado y dar cuenta del peligro que representa esa persona para la sociedad (Goffman, 1970). En esta sección examinaremos la conceptualización que tiene el villero acerca de su condición y, más específicamente, acerca de las dos caracterís-

3 Retomamos aquí la expresión acuñada por G. Germani como “el conjunto de valores y normas que definen las categorías (status), las áreas legítimas, esperadas o toleradas de participación y los mecanismos de asignación de los individuos a cada categoría” (GERMANI, 1980:71). Sólo que, según nuestra acepción, este esquema normativo es el hegemónico, pertenece a las clases dominantes y, por lo tanto, su preservación está sujeta a complejos procesos de lucha y confrontación entre las clases y los sectores sociales.

4 Su identidad política predominante peronista, su bagaje cultural provinciano y las connotaciones relativas a la ignorancia, son tres aspectos que, si bien relevantes, dejaremos parcialmente de lado en el siguiente análisis.

ticas señaladas en la sección anterior como ejes organizadores de su identidad social.

III.1

En estas páginas emplearemos el concepto de “pobreza” como término relativo que se resignifica según el contexto sociocultural, ello no obsta para que podamos identificarla en aquellos grupos humanos cuyas necesidades vitales se encuentran apenas resueltas; pero lo que aquí nos interesa es la conceptualización y manipulación social que se hace de la misma.

La pobreza se dimensiona y reconoce por comparación; contrastada con las pautas de los sectores medios bonaerenses, con los dictados de los medios masivos de comunicación, los villeros se consideran como pobres; sin embargo, comparado con las condiciones de vida de muchos de estos inmigrantes en sus lugares de origen, entienden haber experimentado notorios avances, conquistado nuevas comodidades y beneficios inimaginables en el medio rural y semiurbano de algunas provincias argentinas.

En una villa miseria, la primera impresión de la pobreza se manifiesta en el estado edilicio, sanitario y urbanístico del vecindario, en la restricción al consumo, especialmente de artículos alimenticios, vestimenta y medicamentos. Los efectos de esta carencia obedecen, por una parte, a la falta de ciertos recursos —en especial, de comida— y por la otra, a la acumulación de diversas carencias, de modo que podríamos hablar de un efecto multiplicador de la pobreza. Este efecto consiste en la complejización progresiva de distintas necesidades no satisfechas, por la falta de recursos económicos; pero la suma de estas necesidades se vuelve, en sí misma, el origen de nuevas y cada vez más apremiantes dificultades. Ello puede ejemplificarse con lo que ocurre en las áreas laboral, sanitaria y educacional.

Es frecuente que el jefe de familia, a veces el hombre, a veces la mujer, carezca de un empleo estable que le brinde la cobertura social correspondiente; al no contar con ingresos regulares, la previsión a mediano plazo y la administración mensual o quincenal de los fondos domésticos se tornan imposibles, y los gastos deben planificarse diariamente. Al no contar con una cobertura social adecuada, la enfermedad de cualquier miembro de la familia es mucho más costosa, porque los mayores suelen postergar sus tratamientos médicos en pos de resolver necesidades más urgentes. Ante los primeros indicios de enfermedad, el adulto recurre a remedios caseros o patentados que les recomiendan quienes haya presentado síntomas similares. La jornalización de los puestos en que suelen emplearse mu-

jer y hombres implica que el ausentismo conduce a la pérdida del jornal. En consecuencia las razones para abandonar el trabajo suelen ser aquellas que requieran de atención inmediata. Demás está decir que, a pesar de las expectativas paternas de que los niños lleven adelante una carrera escolar exitosa —que salga de “cargabolsas” (estibador) o de “fregapisos” (empleada doméstica)— el ausentismo es prácticamente obligado desde el momento en que la unidad doméstica requiere del trabajo remunerado o de la presencia de los hermanos mayores para cuidar de los más pequeños y, así, colaborar con la madre para que ésta salga a trabajar.

La mejora que han experimentado muchos migrantes procedentes de un medio rural y semiurbano en sus condiciones de vida, relativizan la pobreza de la villa. Sin desconocer sus condicionamientos, es conveniente señalar por un lado, las ventajas que les ha ofrecido la ciudad —aún mediada por estos precarios asentamientos— en distintas esferas de la vida cotidiana; por otro lado, los beneficios relativos que redundan de vivir en una villa miseria.

El agua corriente —así sea de una canilla pública y no a varias cuadras de la vivienda, como en el campo—, el acceso a artefactos para el hogar nuevos o usados que aligeran las tareas domésticas, la proximidad de los establecimientos escolares y sanitarios, el trabajo jornalizado o mensualizado con duración diaria estipulada, los beneficios para aquéllos que han accedido a un empleo estable, la diversidad de productos en el mercado, entre otras, aparecen como ventajas evidentes según la consideración de la mayor parte de los entrevistados, quienes ni siquiera piensan en la posibilidad de regresar a su provincia natal, aunque en ella siempre se encuentren parientes dispuestos a recibirlos. Esta opción aparece más como un margen para la imaginación, que para la acción concreta, y les permite sobrellevar la dura situación económica de los últimos años. Por nuestra parte, no hemos sabido de ningún caso de re-emigración sino, por el contrario, de nuevos inmigrantes que huyen del minifundio, de los bajos precios de sus productos en el mercado local y de las inundaciones.

Sumado al hecho de que para muchas familias la villa sea una de las pocas alternativas —sino la única— donde levantar una vivienda, lo que se ha visto agravado por el encarecimiento de los alquileres en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, es necesario señalar algunos beneficios de residir en estos asentamientos para poder comprender el fenómeno en toda su complejidad.

En un país con un mercado de empleo en retracción, las redes sociales del villero suelen garantizarle, aunque transitoriamente, el enlace para ciertos trabajos temporarios que satisfagan sus necesidades diarias. En esta mecánica, los

contratistas y subempleadores tienen una función principal pues ellos deciden el conchabo de determinados postulantes según la calidad de su trabajo y los términos de sus relaciones personales. La villa es una fuente de relaciones informales que aseguran, entre otros, la provisión de mano de obra para el puerto, la estiba de camiones y la construcción, así como para el trabajo doméstico femenino.

En virtud de sus magros e irregulares ingresos, pocos villeros podrían afrontar las obligaciones mensuales de una vivienda; ni la corriente eléctrica, ni el gas, ni la cuota del departamento por ínfima que ella sea, ni el impuesto municipal, ni el pago de las expensas mensuales están a su alcance. Se suele afirmar que “nosotros vivimos gratis” precisamente en este sentido.

El villero explica su pobreza a través de distintos razonamientos alternativos y complementarios:

- Siempre hubo pobres y ricos; esta respuesta, de cierto tono fatalista, no contempla la posibilidad de que el pobre introduzca modificaciones en su realidad.
- Dios decide quién es rico y quién no, pero estas condiciones no son definitivas, ya que repentinamente el rico puede caer en desgracia —el juego, las estafas y el alcohol son algunos de los factores más frecuentes— y el pobre ascender merced a su trabajo, un golpe de suerte en el juego, viveza o los negocios turbios.
- Las dificultades que trae consigo la pobreza pueden ser pruebas que Dios interpone en el camino de los hombres para probar su calidad moral y su fe.
- Las sucesivas gestiones oficiales, sumadas a las arbitrariedades de los políticos y la ambición de los ricos, son en parte responsables de frustrar los intentos de progreso económico de este sector de la población. El engaño, las promesas incumplidas y los intereses personales no contribuyen al mejoramiento de las condiciones de vida de los villeros.

Las explicaciones sobrenaturales nos remiten a postular que la reflexión del pobre acerca de su condición reconoce sistemáticamente los límites de sus posibilidades para modificar una situación cuyas causales no están íntegramente en sus manos. Reviste este reconocimiento de un sentido funcional de la pobreza donde ésta desempeña un papel en el desarrollo de las condiciones morales de los individuos: una prueba en la vida. En este sentido, reconocer las limitaciones no significa adormecerse en la imposibilidad sino, quizás, convivir con ellas y, más aún, transformarlas en viabilizadoras de una modificación.

Otro aspecto a destacar de las diversas causas de su pobreza, es el de los reiterados engaños y abusos de la autoridad hacia el villero. En su larga historia se encuentran sobrados ejemplos en que esta población fue manipulada políticamente bajo promesas vanas de mejorar su situación. En otros casos, la gestión oficial o su interrupción por un golpe de estado o diversos negociados con las tierras, desvanecieron planes villeros de relocalización, pavimentación, transferencias de títulos de propiedad del suelo, etc.

Estas explicaciones no son excluyentes, y señalan claramente los deseos de movilidad socioeconómica del sector y la valoración negativa de su pobreza. Esto es significativo cuando se lo contrasta con aquellas interpretaciones extragrupalas que suponen que el pobre se descansa en su situación y que es feliz en su miseria; no hay tal acostumbramiento ni tal comodidad.

El villero responde a su pobreza y a las dificultades derivadas con el esfuerzo, abriéndose paso entre estrategias inexploradas a las que otros grupos sociales no necesitan recurrir. En el discurso de algunos informantes, éstos se enorgullecen de ser dúctiles, adaptables a las circunstancias y a la adversidad: “el pobre siempre se las arregla para comer”. Aunque no siempre sea así, transmiten la verdadera imagen de que buena parte de las energías se invierten en la implementación de las más variadas tácticas para resolver cuestiones primordiales. El villero se desempeña en todo tipo de trabajos sucesiva o simultáneamente, y se jacta de realizar aquéllos que revisten un alto riesgo personal sin hallar más compensación que una exigua paga diaria. La destreza y la valerosidad son, pues, cualidades que acompañan a las grandes dificultades para emplearse. El discurso villero altera el signo de sus condiciones de vida, por momentos, extremadamente deficientes, exaltando sus virtudes de *selfmade man*. “Acá uno se rebusca, si hay que hacer de changador, changuea; si hay que cirujear⁵, cirujea”. Reconoce la precariedad del asentamiento, y entiende que sus vecinos —por lo general, no se acusa a sí mismo— son también culpables del mal estado de una zanja o de un pasillo. Pero, por otra parte, se jacta de las tareas que él o alguna organización vecinal y partidaria en la que participa han emprendido por sí solos, sin el apoyo municipal ni de técnicos especializados para la mejora barrial.

Diversos testimonios concluyen valorando positivamente vivir en la villa, habiendo rechazado ofertas de parientes y amigos de mudarse a otros barrios “mejores” pues “yo no quiero deberle nada a nadie”. Vivir en la villa sería,

5 Changa: trabajo temporario o circunstancial, de breve duración. Cirujeo: comercialización de desechos.

entonces, una prueba del propio esfuerzo y de la genuina capacidad de un individuo para hacer frente a sus necesidades; no, como en la interpretación calvinista, una muestra de apatía e indolencia.

III.2

El villero sabe que “la villa es un lugar mal mirado por la gente”. Reconoce que decir “soy de la villa” puede significar que el extraño sospeche de inmediato de sus condiciones morales. Comparte con el no villero la concepción de que en las villas miseria residen ladrones, prostitutas, borrachos y jugadores. No sólo lo afirma sino que, además, algunas medidas de disciplina que impone en su hogar condicen con este hecho; no se permite a los menores ni a las jóvenes ausentarse del hogar más allá del anochecer; se teme a los incendios intencionales provocados por rencillas entre facciones o entre bandas delictivas y policiales; se acompaña a las mujeres que salen a trabajar antes de que amanezca para evitar que sean agredidas.

Esta caracterización le trae al villero diversos inconvenientes y limitaciones en su interacción con los no villeros; p.e., en lo concerniente al plano laboral, las fábricas vecinas no contratan villeros para puestos fijos sino para temporarios, mediando el vínculo de un contratista. El personal de estas empresas argumenta que los villeros son irresponsables, bebedores y ladrones, y que pondrían en peligro la continuidad de tareas consideradas de importancia. El villero, por su parte, afirma no entender la medida, pues si es pobre, necesita más que cualquier otro postulante ese empleo, y hará todo lo posible para conservarlo. Cuando en una escuela cercana a la villa faltan útiles escolares, algunas madres acusan de inmediato a los niños villeros. En los hospitales, donde muchas madres solteras villeras dan a luz a sus hijos, el personal de enfermería hace sentir a la parturienta la culpa por su inmoralidad que la ha llevado a concebir un hijo por el cual en ese momento se asusta y sufre.

Algunas de las causas atribuidas a que las villas miseria sean consideradas antros de inmoralidad son:

- Diversos negocios turbios cuyo escenario es la villa son conducidos por personal extravillero, capitalistas que lucran explotando al villero y extrayéndole su dinero;
- La villa miseria es la trastienda de la ciudad; aquí vienen ciudadanos “respetables” a hacer todo lo prohibido y luego se van, diciendo que la villa es un conglomerado de malvivientes;
- Frecuentemente, ladrones de otras partes o de las inmediaciones, se internan en la villa para burlar la persecución policial; los agentes no se aventuran por los

pasillos; entretanto, el ladrón sale por el lado opuesto del barrio sin ser visto y, aparentemente, vive en la villa donde tiene su guarida;

- Muchos de quienes están detrás del dinero fácil, se internan en la villa para conseguirlo, pues se suele decir que “en la villa hay plata segura”. Tal es el caso de las razzias policiales que se llevan a cabo precisamente los días en que los trabajadores cobran sus quincenas, tras ser detenidos bajo los cargos de ebriedad, revisión de antecedentes o falta a la autoridad, los reos deben abonar una suma de dinero para quedar en libertad; de lo contrario permanecerán en la dependencia una semana o más, perdiendo su empleo, su jornal, o el premio al ausentismo y a la puntualidad.

Lo expuesto nos lleva a señalar que el villero no niega la existencia de ciertas “irregularidades” en su vecindario, pero no las atribuye exclusivamente a la inmoralidad de sus residentes sino a instigadores y perversores externos que utilizan a la villa como su base de operaciones. El villero no se atribuye una moral especial, diferente a la del resto de sus conciudadanos; a lo sumo afirma que “acá hay más libertad”, en el sentido de que se utilizan palabras consideradas groserías, o que las expresiones genitalizadas son más frecuentes y manifiestas que en otras partes. Relativiza la gravedad del asunto afirmando que en su villa no hay más prostitutas que, p.e., en la Capital, sólo que aquí son menos “visibles” pues se visten como damas y sus “amigos” las encubren con dinero.

El villero considera que una medida protectora para desligarse de la inmoralidad de sus vecinos, es “ocuparse de las cosas de uno”, sin entrometerse en la vida de los demás. Nuestros informantes se enorgullecen de no mero-dear en la calle o en casas ajenas aunque ello no es estrictamente cierto, sino un comentario que sigue inmediatamente a la presentación y de permanecer en su hogar con la familia reunida. Debido a las características del sistema delictivo, la coerción, la complicidad, el encubrimiento, la venganza, la desprotección ante las balaceras y el desamparo frente a los procedimientos policiales, sus consecuencias no sólo afectan a los “culpables”. Es necesario que los padres vigilen la compañía (las “juntas”) de sus hijos aunque ello no siempre es posible para evitar, p.e., que sean tentados por vendedores de objetos robados y colaboren en su comercialización; o que entren en el mundo de la drogadicción. El temor a que los adolescentes tomen por el “mal camino” es una poderosa razón para abandonar la villa. Ello no se debe sólo a cuestiones de índole moral sino, fundamentalmente, al riesgo personal del joven y su familia.

Un capítulo especial dentro del eje identificador de la inmoralidad es el que corresponde a la ocupación ilegal de la tierra. Como es sabido, muchas villas miseria se extienden en predios fiscales o particulares sin edificación. En consonancia con diversas razones que ya hemos expuesto: proximidad del lugar de trabajo, vecindad de parientes, establecimiento de una importante red vecinal y de amistad; presencia de compadres, exención del pago de tasas e impuestos, etc., la permanencia de los “intrusos” depende de la política oficial respecto de estos asentamientos (relocalizaciones forzosas o planificadas, no innovar, etc.). La incertidumbre tanto como la vivencia de ser un residente sin derechos son el resultado de una imagen fomentada por la población en general y percibida por los villeros en particular, además de las condiciones objetivas de su asentamiento. “El otro día andaba viendo un helicóptero que daba vueltas y daba vueltas... y yo pensé: Uy, ahora queman la villa y tenemos que salir corriendo como ratas”.

De ahí la importancia de residir en un predio propio, ya sea un departamento o una casa, la línea fronteriza que separa a villeros de no villeros es el ámbito de su residencia; deja de serlo aquél que se muda a otro barrio, donde las pautas de urbanización se corresponden con los dictados municipales. El factor urbanístico y, más específicamente, las condiciones de ocupación del suelo y la vivienda homologan a todos aquellos que comparten este estigma.

IV

Como se expuso más arriba, el estigma es aquel atributo que, por su significación social, suministra información acerca de su portador, una información que puede ser manipulada en función de la interacción. La utilización del estigma (p.e., la ceguera, una deformación física, desconocer el idioma del medio, pertenecer a una raza, credo, grupo étnico o ideología política perseguidos), interviene decididamente en las sucesivas redefiniciones sociales como si fueran constantes negociaciones acerca de cuáles son las limitaciones y las ventajas que este rasgo peculiar impone.

“Ser villero” es un estigma que el niño aprende –además de algunos comentarios de sus mayores– desde los primeros años de la escuela. Aquí, cada alumno adquiere una imagen de sí mismo por contraste con los demás compañeros, internalizando juntos el código normativo hegemónico de la sociedad. A través de las consignas lanzadas por las autoridades escolares, el niño recibe una serie de pautas –útiles para llevar, tareas que realizar, una conducta a observar, un vocabulario “adecuado”, etc.– cuyo incumplimiento no sólo sancionan las autori-

dades, sino también sus propios compañeros. La burla masiva hacia un niño con alguna enfermedad eruptiva evidente, con signos de alguna golpiza paterna o carencia de los útiles necesarios –todo lo cual puede ser frecuente y generalizado entre los escolares de los establecimientos cercanos a una villa miseria– puede expresarse bajo la forma de los moteos “sucio”, “negro villero”, etc.; el damnificado entiende bien pronto el tono peyorativo de estos términos aunque todavía no conoce sus connotaciones precisas; intuye que “ser villero” no es bueno y, consiguientemente, aprende a ocultarlo. Esta actitud se ve agudizada en escuelas alejadas a su barrio, privadas y secundarias donde, si los hay, los villeros son una ínfima minoría.

Los adolescentes y, particularmente, los jóvenes son quienes más frecuentemente encubren su identidad. Ello podría obedecer al intento de las muchachas de establecer una pareja con jóvenes no villeros, como también a las connotaciones inmorales que tiene ser villero y a los ideales de moralidad exigidos por esta sociedad a la mujer.

Asimismo, muchos adultos de ambos sexos ocultan su identidad, ya sea por motivos laborales, ya sea por vergüenza ante sus propios compañeros, especialmente si la mayoría no pertenece a su vecindario. En estos casos el ocultamiento de la identidad va a la par de diversos intentos por salir de su condición. Esta búsqueda de movilidad social junto al hecho de desenvolverse en medios no villeros hace que el estigmatismo encubra aquel factor que lo diferencia de sus compañeros.

El ocultamiento y la vergüenza conducen tanto a los niños como a adultos a la fragmentación de su vida social. Una primera imposición externa, como es ocultar el origen social, cultural y geográfico del villero, excluir experiencias y sucesos barriales de los temas de conversación –organización y participación en tareas vecinales, reparación urbanística, comentarios sobre algún evento particular, una inundación, la erradicación del predio, etc.– se traduce, a la larga, en un desconocimiento deliberado de la propia historia y necesidades del propio lugar en la estructura social y, en muchos casos, en la desvalorización y el ocultamiento vergonzante de la propia familia, de los vecinos y, en definitiva, de la propia persona.

Hemos observado que esta actitud responde más bien a quienes están en condición de lograr un ascenso social. Aquéllos que se encuentran sumergidos en su pobreza, carente de trabajo estable y de ingresos regulares, son bastante menos enfáticos en este aspecto. Su medio habitual es la villa y los empleos donde predominan trabajadores de esta extracción.

Sin embargo, no todas las circunstancias son adecuadas para ocultar “información social”; a veces es conve-

niente que el villero exprese, de modos diversos, su identidad social. En efecto, su manifestación puede definirlo a la par, en posición inferior o superior respecto de su interlocutor, dependiendo de rasgos personales, de las circunstancias de la interacción y de los fines de la misma.

Cuando se define como tal, el villero suele presentarse ante los demás con distintos matices que denotan su inferioridad.

Como carenciado, se muestra necesitado, minusválido, incapaz de valerse por sí mismo. La actitud y el discurso adquieren un tono suplicante, de demanda lastimera, de queja y ruego hacia el no villero quien, a partir de su conmiseración, pasará a hacerse cargo de las desventuras del pobre haciendo uso de sus influencias, su poder y su status económico suponiendo, además, que el villero está totalmente desprotegido e inerme ante su triste destino. En este caso, la manifestación de la identidad villera a través de la ostentación de la pobreza, contribuye a la obtención de beneficios secundarios. Esta actitud ha sido reforzada desde la política de diversas instituciones, fundamentalmente la Iglesia Católica, las organizaciones de Beneficencia, las gestiones oficiales y los partidos políticos (especialmente el Partido Justicialista, que ha tenido mayor inserción partidaria en los sectores populares). El villero se define ante ellos desde el ángulo de clientela pertinente; ante la Iglesia, el villero aparece como pobre y fiel cristiano; ante las organizaciones de beneficencia, como simple carenciado; ante el Partido Justicialista, como pobre y peronista.

En razón de sus connotaciones inmorales, el villero puede presentarse en una posición de inferioridad defensiva, cuando ante la mera presencia de un extraño no villero, sin responder a acusación explícita alguna, el villero se excusa por su precaria condición, por la suciedad del hogar, por el frío dentro de su vivienda, por las goteras, por las incomodidades, o reprende de manera excesiva a sus hijos cuando éstos andan desarrapados, descalzos o emplean un léxico inoportuno ante el visitante, demostrando así, conocer y compartir con éste su código y sus pautas.

En relación con esta imagen, el villero puede mostrarse como un aliado del no villero, sabiéndose en una condición desventajosa, se manifiesta conocedor de todos los estigmas que pesan sobre su sector social y aprueba las conclusiones que extrae el no villero. El villero hace gala de su propia moralidad, se queja de la conducta de sus vecinos y la precariedad general del asentamiento, con el fin de prevenir al visitante que él es diferente al resto, que no comparte las connotaciones negativas de vivir en una villa.

Al ocupar una posición de inferioridad replegada, el silencio y la abstención son, quizás, la respuesta más fre-

cuente ante una relación claramente asimétrica. Si el extraño emite una afirmación que sentencia y desvaloriza la calidad humana y moral del villero, éste ni asiente ni refuta. En repetidas ocasiones hemos observado cómo el portador de esta identidad estigmatizada desviaba la mirada y aguardaba a que su interlocutor cambiara de tema de conversación. Esta actitud es particularmente adecuada cuando hay en juego una transacción, ya sea un empleo o la entrega de un bien al villero. En estos casos, su abstención garantiza la continuidad de la relación y, sobre todo, la obtención de ciertos beneficios. Por otra parte, el silencio que aparenta una falta de respuesta o la pasividad, en realidad encubre una disconformidad no explicitada que, a la vez, no arriesga la fuente de recursos materiales y laborales.

En una posición contestataria, donde la inferioridad da lugar a cierta equiparación de los interlocutores, el silencio es reemplazado por distintas explicitaciones de disconformidad. El villero puede increpar al maldiciente y prejuicioso, mediante una mirada fija y desafiante, y/o a través de la agresión física directa.

Parecen relativamente pocas las circunstancias en las cuales el villero puede detentar una posición de superioridad ante el no villero. Sin embargo, ello ocurre cuando éste depende de aquél para alguno de sus fines. P.e., el territorio que comprende la villa miseria es una “terra incógnita” donde el extraño siente temor a la agresión y a perder el rumbo en la ininteligible trama de pasillos internos. Los funcionarios de distintas reparticiones oficiales —censistas, asistentes sociales, celadores, maestros, carteros— y todo aquel que deba internarse en la villa —proveedores, cobradores, vendedores, levantadores de apuestas— requieren de la mediación de un conocedor para ubicar a determinadas personas, devolver un niño a la escuela, canalizar ayuda a la población, etc. Los villeros se transforman en verdaderos baquianos, concientes de su saber exclusivo y de su rol insustituible. Aún así, la decisión de brindar la ayuda solicitada dependerá de un conjunto de factores circunstanciales y personales. El villero se torna un mediador a la vez que un protector del extraño en la villa y, eventualmente, de aquéllos que residen en los barrios aledaños, en la medida que puede interceder para la búsqueda de objetos “perdidos” o para prevenir el robo en ciertas viviendas pues pertenecen a “amigos”.

V

En esta sección intentaremos exponer el papel desempeñado por los villeros respecto a la constitución de su identidad, cuyo significado se encuentra fuertemente condicionado por el sector hegemónico. Podemos resumir este punto en dos premisas:

- el villero desarrolla un rol activo en la construcción de su estigmatizada identidad;
- una de las manifestaciones de este rol es la resignificación del estigma en función de las posibilidades que le brinda la interacción y según sus intereses concretos.

La identidad villera se funda en dos características –pobreza e inmoralidad– ejes de la ubicación que el villero concibe para sí en el sistema social mayor y fundamento de la relación con el extraño. En el proceso social, la relación con el villero ha adoptado dos modalidades articuladoras que consisten, según los términos de J.J. Brunner, en la “asistencialización” y la “marginalización” del pobre (Brunner, 1978).

La asistencialización, una de las operaciones que la ideología dominante instrumenta respecto de estos sectores para su sujeción, consiste en reducir la relación entre el pobre y la sociedad mayor a la asistencia mediada, en principio, por un aparato organizativo específico. De este modo, la sociedad “niega el momento positivo de la producción de la pobreza” (Ibid.:47), haciéndose cargo “por propia iniciativa” de la necesidad de este sector. Se ha desplazado, pues, la verdadera causa de la miseria.

Según esta operación, los villeros participan del proceso social desde su exclusión de las oportunidades de consumo. El estado y las organizaciones asistenciales se autoerigen en agentes activos mientras que los pobres son relegados a un papel pasivo y dependiente; el Estado y sus agentes son los dadores; el pobre es un mero receptor.

Esta perspectiva que asigna un lugar social y político determinado a los villeros presenta algunas variantes, todas ellas igualmente mecanicistas. Ya sea por considerarlos moral o culturalmente inaptos, ya sea por determinación económica, la respuesta villera no suele tenerse en cuenta puesto que se supone, p.e., que los villeros están determinados absolutamente –mucho más que “en última instancia”– por su posición de explotados o bien, de ignorantes e incapaces; se concluye, por lo tanto, que su propio margen de acción, de relativa autonomía, es inexistente.

En la sección anterior señalamos que el villero responde con el esfuerzo a las limitaciones que le impone su pobreza; su vida es sumamente esforzada tanto en lo que respecta a lo cotidiano (buscar agua, alimentarse, trabajar, etc.) como para hacer frente a eventos extraordinarios (una muerte, la erradicación del predio, un incendio, etc.). Numerosas tareas de fácil realización en la ciudad, se vuelven en la villa verdaderas empresas; p.e., la amenaza de las inundaciones, siempre probables en terrenos tan anegadizos, ponen en peligro numerosos bienes que resultan demasiado costosos para este sector. Otro tanto ocurre con

algunas cuestiones que, aun cuando afecten a la población en general, en la villa son de más difícil solución, debido al efecto multiplicador de la pobreza. Las limitaciones existen y muchas son infranqueables, al menos por el momento. Erróneamente se suele identificar esta infranqueabilidad con la indolencia y el abandono.

Mediante la expresión de su pobreza, el villero reivindica constantemente su lugar social: un lugar de provisión y de derechos, no de carencia y privaciones. Variados testimonios aluden a que el villero es capaz de ocupar una mejor posición que la actual y de responder a sus obligaciones y responsabilidades. Refiriéndose, p.e., al reparto de alimentos en el vecindario por parte de los comités justicialistas en 1974, una vecina (justicialista también) reflexionaba lo siguiente:

“...ellos (los peronistas) reparten a los necesitados y yo soy una necesitada, y además, por dos kilos de cualquier cosa que repartan, no me están haciendo un gran favor...!!! Además yo pienso que un buen gobierno no tiene porqué andar dando cosas a la gente; tendría que dar trabajo, abrir fuentes de trabajo ¿no?”

Ello no obsta para que, como vimos, deje de hacer galas de su pobreza con el fin de obtener ciertos beneficios secundarios; pero esta estrategia, producto además de una nutrida experiencia en relaciones asistencialistas, suele quedar a un lado cuando el demandante dispone de otros medios más apropiados a su nueva situación. Tal es el caso de una mujer que dejó de retirar leche en polvo, que se administraba gratuitamente en el puesto sanitario, cuando su marido consiguió un trabajo efectivo.

La segunda modalidad articuladora es la “marginalización” del pobre, esto es, efectuar el desplazamiento desde un lugar subordinado a otro exterior al sistema. La pobreza, entonces, adquiere connotaciones morales inadmisibles pues el pobre pasa a formar parte de un mundo ajeno a este mundo, exterior, incontaminado pero incomprendible, y por lo tanto, siempre amenazante.

Los villeros hacen su propia conceptualización de la inmoralidad: refutan las generalizaciones que los involucra en asuntos turbios de sus vecinos o de extraños que usan a personal villero para sus oscuros fines; consideran a los inmORALES un mal del barrio que puede resultar nocivo para los demás residentes y, fundamentalmente, para la crianza y seguridad de sus hijos.

La convergencia entre la posición socioeconómica y el status jurídico ilegal de la población villera respecto de la tierra que ocupa, imponen a este sector un estrecho margen de acción frente a los controles externos. Por consti-

tuir un ámbito social que las leyes desconocen como propio, en la medida que un espacio definido por estar al margen de la ley (ocupación de tierras fiscales) no es legible, los controles externos no se abstienen de actuar sino que operan de modo diferente; sus vínculos con la población son básicamente informales y recorren una vasta gama que va desde la asociación ilícita y la extorsión, hasta el tratamiento más o menos corriente que se le da a cualquier ciudadano. Los mismos vecinos aseguran que muchos delincuentes terminan como simples empleados de la policía, compartiendo con ella sus ganancias. Por su parte, cada villero actúa respecto a los demás con una complicidad tácita; frente al extraño explica no tratarse con los demás vecinos, ni saber de sus andanzas. El villero responde con este “encubrimiento involuntario” a la vigilancia permanente de los controles externos y de los vecinos de los barrios aledaños. “Acá todos tienen algo que esconder” se comenta. Asimismo, el supuesto desentendimiento (y desconocimiento) de un sujeto respecto de las dudosas actitudes de sus vecinos aparece, más bien, como una pauta ideal autoprotectora, como medio de asegurar su neutralidad respecto de algunos sucesos en que más tarde pueda verse involucrado.

Su condición de “inmoral” (fuera de la moral requerida o dominante) y de “ilegal” (fuera de lo legible) no sólo segrega algunos campos de actividad sino que integra otros. La ilegalidad y la inmoralidad se transforman en vehículos de la articulación entre los villeros y los restantes sectores del sistema social.

Sin instancia a que apelar, y siendo su principal base el apoyo material y social del vecindario con el que comparte su estigma, el villero encubre y oculta. La inmoralidad se estructura también en un código que aparece como intraducible y hermético para el observador externo, no sólo como un término de la interacción compartido con los extraños. Tras la ininteligibilidad de lo no previsto por el “buen orden”, la inmoralidad se vuelve un refugio que ampara a este sector social. Digamos entonces, que lo “inmoral” no es simplemente una acusación externa, sino también la caracterización defensiva de este vecindario; es el denominador común que protege al villero —a cierto precio, es claro— en su significación dual; por una parte, es un término de transacción con los controles externos y dominantes; por el otro refiere lo incontrolable, lo imprevisible; es su propia arma y el arma esgrimida contra él; es su salvación y su condena, se constituye así en su margen de acción, en su relativa autonomía.

VI. Conclusiones

La identidad villera se funda en dos características —la pobreza y la inmoralidad/ilegalidad— en virtud de las cuales el villero se concibe a sí mismo y a sus relaciones con el sistema social global; por su parte, en función de ambas, el no villero dirige su interacción con el estigmatizado. En la reproducción de su articulación subordinada con otros sectores del sistema social, tiene gran relevancia la construcción de una identidad basada en estigmas acuñados por los sectores hegemónicos.

En esta ponencia hemos intentado responder a tres interrogantes:

-¿En qué consiste la identidad villera?

-¿A través de qué fenómenos manifiesta esta identidad la articulación subordinada del villero?

-¿Qué papel asume el sector estigmatizado en la definición de su identidad?

La identidad social villera expresa permanentemente la articulación subordinada de este sector a través de la incorporación de diversos atributos cuya estigmatización imponen los sectores hegemónicos. Pobreza, inmoralidad y otros rasgos relacionados con aquellos reciben, en principio, un significado que se hace presente en la interacción entre extraños y villeros. Estos, tienen en cuenta que su atribuida inmoralidad puede restarles posibilidades en la obtención de ciertos recursos, vedarles el acceso a determinados ámbitos y, por consiguiente, ocultan su identidad. Su manipulación obedece a un código normativo y valorativo común a villeros y no villeros que distingue lo moral de lo inmoral, lo ocultable de lo expresable, lo digno de lo indigno, etc., según las circunstancias y los requerimientos de la interacción. Sin embargo, ello no asegura la respuesta en una misma dirección que lo esperado.

Lejos de responder mecánicamente a los roles y las expectativas reproductivistas que los sectores hegemónicos le deparan, el villero utiliza su estigma para mejorar su condición. El signo negativo de su identidad puede ser empleado como un arma para sus propios fines o ser revertido en función de sus intereses, para la obtención de recursos y para asegurar a los suyos la supervivencia en este difícil contexto.

Ni abiertamente impugnador, ni claramente sumiso, el villero construye y utiliza su identidad a través de la experiencia de su constante lucha por la vida.

Buenos Aires, abril de 1984.

Bibliografía

- BRUNNER, J.J., "Apuntes sobre la figura cultural del pobre", Santiago de Chile FLACSO, *Documento de Trabajo N° 69*, 1978. I Parte.
- GERMANI, G., *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1966.
- *El concepto de Marginalidad*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1980.
- GOFFMAN, E., *Estigma*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.
- HERMITTE, E; BOIVIN, M.; CASABONA, V.; GUBER, R.; Y TISCORNIA, S., *Análisis sociocultural de dos comunidades del Gran Buenos Aires. Impactos externos y autogestión*, FLACSO, Buenos Aires, 1983. *Mimeo*.
- HERMITTE, E. Y M. BOIVIN, "Erradicación de villas miseria y las respuestas organizativa de sus pobladores". Ponencia presentada en el XI ICAES, Vancouver, Canadá, 1983.
- OZLAK, O., *El derecho al espacio urbano*, Buenos Aires, CEDES, 1982. *Mimeo*.
- RATIER, H., *El cabecita negro*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- TAYLOR, J.M, *Evita Perón. Los mitos de una mujer*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1981.